

# El porvenir



**Carlos París**

**L**A historia del comunismo ha discurrido en considerable medida por los cauces de lo imprevisto. No ha sido la rebelión del proletariado industrial en los países más avanzados —como originariamente pensó Marx— la que ha roto, en gran parte del mundo, las relaciones capitalistas de producción, creando nuevas formaciones económico-sociales. Han sido las zonas rezagadas del desarrollo industrial —los «eslabones más débiles» de la cadena de dominación capitalista en la terminología de Lenin— cruzadas por peculiares contradicciones internacionales del capitalismo, ciones y los impulsos de modernización las que han representado el escenario cambiante de los grandes procesos revolucionarios de nuestro siglo. En ellas Estados arcaicos, ineficaces, pu-



«V. I. Lenin, proclamando el Poder Soviético». Cuadro del pintor V. Sierov (A.P.N.).



# del Comunismo

dieron ser derribados por masas sometidas a situaciones límite de explotación y opresión. Las contradicciones interkcionales del capitalismo, en el largo viaje que recorre dos guerras mundiales hasta la descolonización y reestructuración total del sistema bajo la rígida hegemonía americana, jugaron un papel decisivo en la posibilidad y potenciamiento del proceso revolucionario. Abrieron espacios, antes cerrados por el poderío, y agudizaron crisis decisivas para que el cambio histórico se acelerara a ritmo violento.

Al signo de lo imprevisto, antes señalado, tendríamos que añadir ahora la realidad de la frustración. En la iniciación misma de la oleada revolucionaria, el Estado surgido de la Revolución de Octubre suscitó enormes esperanzas en

las masas oprimidas —tanto de los países industriales como del tercer mundo—, en los sectores intelectuales, en las mentalidades críticas, radicalmente insatisfechas ante el espectáculo de nuestra sociedad, ansiosas de otros horizontes. Se iniciaba auténticamente la historia de la liberación del hombre, el paso decisivo, más allá de las conquistas formales de la democracia, hacia una sociedad sin explotación. Los entusiasmos fueron, no obstante, asaltados por la perplejidad y la desazón cuando llegaron, pocos años después del final de la última guerra mundial, las primeras noticias sobre la represión en la Rusia estalinista. Vino después una inquietante sucesión de episodios: la tragedia de Hungría, las revueltas obreras en la Alemania oriental, la invasión de Checoslovaquia, en-



La primera reunión del Consejo de Diputados de los trabajadores y de los soldados en el palacio Taurichevsky (A.P.N.).





Albert Camus (1913-1960).

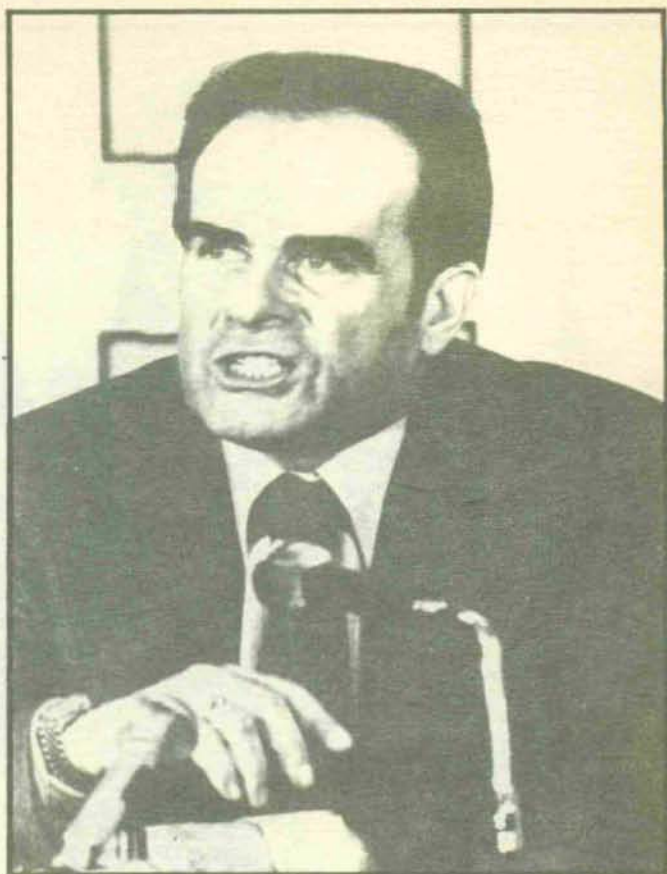


Los líderes del «Frente Popular» francés celebrando el aniversario de la Comuna de París de 1871, ante el «Muro de los Federados» del cementerio del Père Lachaise. En la fotografía, de hace cincuenta años, puede identificarse a Leon Blum, Maurice Thorez, André Marty y Madame Blum y en la parte inferior de la foto, con sombrero, Marcel Cachin.



trando ya en nuestros días la crisis polaca. El enfrentamiento entre el proletariado real y el teórico estado obrero unas veces, otras, y aún conjuntamente, la sumisión de la independencia nacional al centro de poder soviético junto al espectáculo de la falta de libertades e iniciativa social mostraban las graves deficiencias, urgiendo un replanteamiento crítico.

Ciertamente la extensión del hecho revolucionario a nuevos horizontes, China, Cuba, permitió el rebrotar —y muchas veces la renovada frustración— de las primeras esperanzas. Este sucederse de ilusiones y desencantos, el cíclico renacer de la esperanza en el paraíso liberador y el desengaño llena un largo y apasionante capítulo de la intelectualidad comprometida —ahí están los testimonios de Sartre y Camus, de Doris Lessing, de Edwards, de lo que supuso también la guerra española o la guerra del Vietnam— siempre en añoranza de la revolución a través de nuestro siglo. Mostrando la enorme expectativa que en los sectores lúcidos de nuestra sociedad persigue desesperadamente la salida desde un universo de opresión y fracaso humano. Determinando, también, la fragmentación del movimiento comunista — y de la izquierda en general— en el mundo.

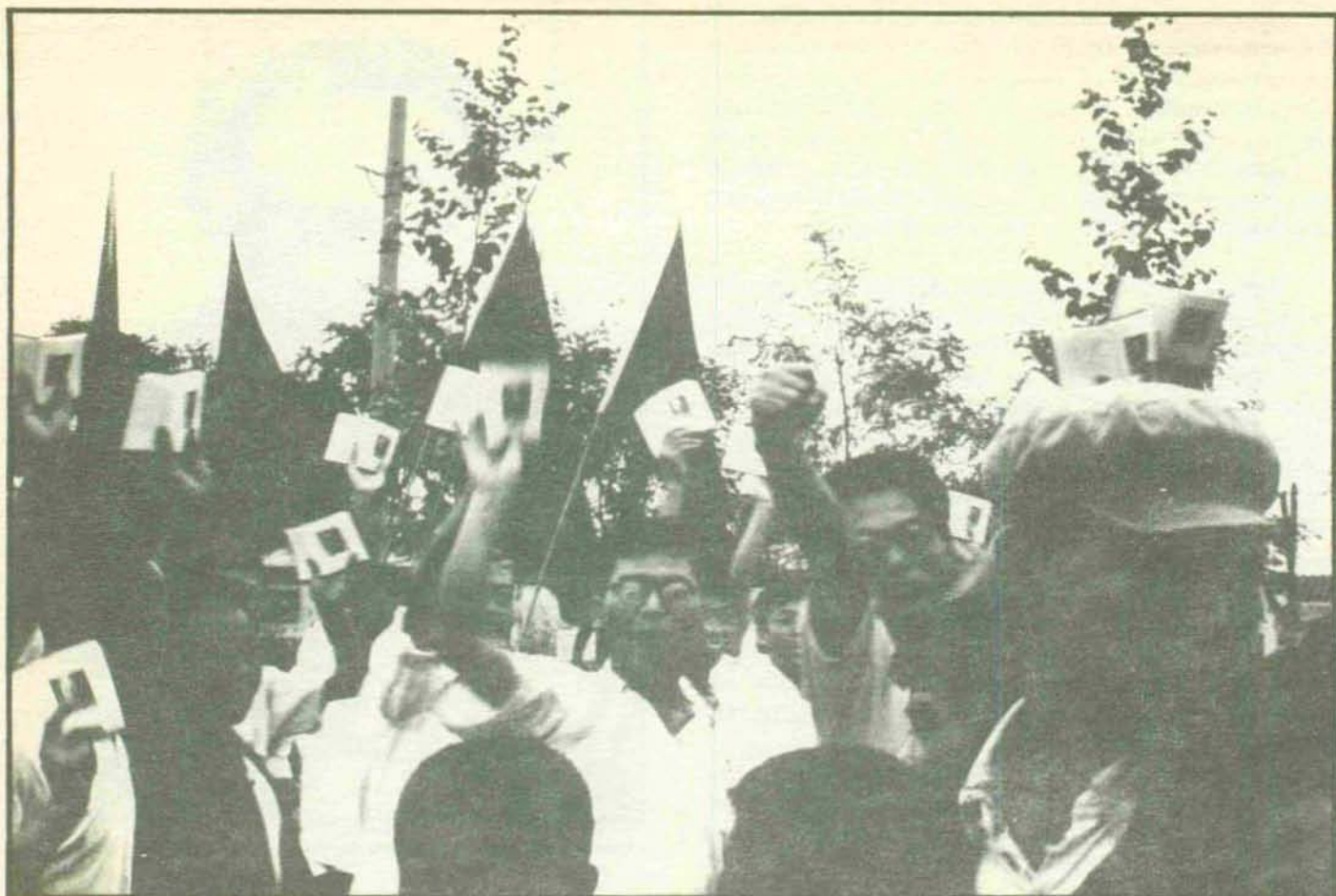


Georges Marchais, Secretario General del Partido Comunista francés.



Jean-Paul Sartre (1905-1981).





Guardias Rojos durante la Revolución Cultural en los últimos años de la China de Mao Tsé-Tung.

---

## Los Procesos Revolucionarios de nuestro siglo

---

Pero no es el objeto de este artículo, sin duda, la contemplación detenida de tal historia por muy apasionante que pueda resultar. Sino enfrentar la dinámica de los hechos objetivos y valorarlos de cara al porvenir.

Ciertamente las revoluciones instauradoras de los Estados que se autodesignan como socialistas han transformado profundamente la historia. Han roto el monopolio económico y político de las formas capitalistas en una parte decisiva de la humanidad y han redimido del hambre, el analfabetismo y el subdesarrollo a masas anteriormente reducidas a una vida inhumana. Fueron tales revoluciones cercadas y combatidas por las naciones capitalistas, en la guerra de Rusia, el intento de aislamiento de China, el acoso permanente a Cuba o a los Estados Africanos socialistas hoy día, a pesar de lo cual consiguieron asentarse, si bien pagando un considerable precio desde el punto de vista del endurecimiento del régimen. Los mecanismos que en la concepción leninista del Partido podían conducir a formas autoritarias resultaron, efectivamente, reforzados de manera singular por la situación de guerra o de cerco eco-

nómico político y social. Con ello —al modo de la profecía que se cumple a sí misma— ofrecieron un blanco más fácil a la crítica de las democracias burguesas y empañaron la sugestión que podía ofrecer como modelo de una nueva sociedad ante las mentalidades revolucionarias.

Las revoluciones de la Unión Soviética, China o Cuba irradiaron desde las mismas masas populares y sus vanguardias de un modo espontáneo que respondía a la crisis del Estado y la sociedad en tales países. En otros casos, concretamente en los países del Este de Europa —dejando aparte Yugoslavia, peculiar en tantos sentidos— la expansión soviética al compás del avance militar refuerza, consolida y, muchas veces, dirige el proceso autóctono de rebelión antifascista y anticapitalista. Para desembocar, finalmente, en la adscripción a una de las zonas de reparto del mundo bajo la hegemonía de las grandes potencias. Tal situación, naturalmente, arroja una serie de problemas sobre la construcción del socialismo en dichas zonas, radicalmente la posible desnaturalización del proceso propio, su percepción popular como un elemento foráneo, la tensión que crea la conciencia de dependencia más o menos aguda y la superposición de los intereses del bloque a la dialéctica propia. Problemática tan visible, hoy día, en la crisis de Polonia.



---

## Los límites del «Socialismo real»

---

Ahora bien: ¿qué juicio podríamos formar conjuntamente sobre los países del llamado «socialismo real» desde el punto de vista de los ideales comunistas?

Para responder a esta pregunta tenemos que retornar a la conciencia de aquello que medularmente da sentido al comunismo: la orientación de la historia hacia la creación de una sociedad sin clases. La teoría y la práctica encaminadas a dicho objetivo apoyándose en la crítica del modo de producción capitalista —con su cultura propia— y organizando la acción de los sectores explotados, centralmente el proletariado en sus diversas configuraciones.

En esta perspectiva resulta claro a la luz de nuestra experiencia histórica que la organización de los Estados llamados socialistas, independientemente del paso adelante que han significado, presenta un bloqueo de posibilidades. Muestra un modelo cuyos límites, desde el punto de vista del ideal comunista, no podrán ser superados sin una fuerte crisis y reconstrucción.

Existe una amplia polémica sobre el carácter mismo de estos Estados y su designación consiguiente —desde la consideración de los mismos como «capitalismos de estado» hasta su visión cual formas de «socialismo burocrático», «estatal» o «autoritario» o su categorización como un modo de producción inédito— e igualmente sobre las raíces del fenómeno históricas y políticas —el modelo leninista de Partido, la tradición política y cultural del modo de producción asiático, los límites de una revolución no universal, aislada y cercada, etc., etc.—. En las fronteras de la actual reflexión me referiré a las estructuras que actualmente no sólo bloquean el ascenso hacia la sociedad sin clases, sino desnaturalizan la concreta concepción del socialismo como etapa hacia ella.

Son éstas la figura del partido único —monopolizador de la verdad en el dominio político e incluso cultural, las más de las veces— y la omnipotencia del Estado —totalmente contradictoria con un régimen que se pretende abocado a la «extinción» de tal realidad—. Cualquier protagonismo de la sociedad civil queda aplastado por esta doble losa. El trabajador, en lugar de ser dueño del poder —según la proclamada dictadura del proletariado—, se encuentra desposeído ante fuerzas extrañas, que paradójicamente hablan en su

nombre y en el de sus intereses, viviendo una experiencia de alienación verdaderamente kafkiana, en que se le arrebató su verdadera personalidad. Como en todo sistema de monopolio el peligro de la corrupción acecha a las burocracias del Estado y del Partido, erigidas en nuevas clases dominantes, estableciéndose luchas sórdidas y personales por el poder. Por otra parte, la situación de tensión internacional genera, a su vez, una potente clase militar que, desde sus propias perspectivas e intereses, desde su «cultura» peculiar, puede entrar en conflicto con los otros sectores o burocracias en el poder, imprimiendo un giro totalmente represivo a las posibilidades abiertas en la revolución originaria.

El porvenir del comunismo, de la revolución creadora de una sociedad sin clases, exige la superación de este modelo allí donde existe como decantación anquilosada del proceso revolucionario y donde, en la lucha con el capitalismo, podría presentarse como paradigma del camino a seguir. Es un nuevo salto cualitativo en el desarrollo del hombre hacia su realización en una sociedad sin clases cuyos itinerarios diversos en el combate contra los diferentes poderes del mundo actual deben ser considerados a la luz de su coincidencia en la meta y de su posible y necesario refuerzo en una perspectiva universal.

Así en los países del llamado «socialismo real» hemos de pensar en el desplazamiento del aparato burocrático —teóricamente mediador y prácticamente usurpador— por parte de las masas, conquistando éstas el poder político, económico, cultural a fin de recrear las conquistas del socialismo en formas democráticas, participativas de toda la población, no alienantes. Volviendo a los orígenes revolucionarios, a las auténticas formas de democracia popular que han sido barridas en el proceso de endurecimiento. Y ello supone la ruptura de las relaciones de supeditación internacional que se dan dentro del sector dirigido por la Unión Soviética. Consiguientemente la disolución del Pacto de Varsovia desde una política general de liquidación de los bloques militares y de reconocimiento de la plena independencia de cada país. La posibilidad de esta dinámica, difícil, remota aparentemente bajo los férreos poderes e intereses burocráticos, sólo se puede abrir al éxito —tras los diversos gestos tantálicos iniciados— en conjunción con las transformaciones que, con el avance progresista de las masas en el resto del mundo, rompan el cerco capitalista —bajo su aparente agresividad profundamente estabilizador y solidario— y desplieguen las posibilidades de nuevas formas de avance hacia el comunismo.



---

## El proyecto revolucionario en el mundo capitalista desarrollado: nuevos planteamientos

---

En el ámbito del mundo capitalista desarrollado —concretamente en Europa y Japón— algunos partidos comunistas se han pronunciado críticamente respecto al modelo de construcción del socialismo encarnado por los Países del Este, propugnando el avance, a través de las instituciones, de la democracia parlamentaria, con la plena conservación de las libertades de toda índole. Es la concepción conocida, según es bien sabido, como eurocomunismo. No se trata, en principio y programáticamente —la discusión de los errores o desviaciones en la práctica constituye otro apartado—, de un repliegue hacia la socialdemocracia, tal como ciertos críticos de la derecha y la izquierda presentan dicha visión. En primer lugar porque el objetivo no reside en la gestión racionalizadora del modo capitalista de producción, sino en la transformación del capitalismo en socialismo como momento hacia la sociedad comunista. En segundo lugar porque la lucha de los partidos comunistas no debe reducirse al ámbito electoral y parlamentario, implica, por

el contrario, cual elemento decisivo, una acción sobre la sociedad civil que renueve profundamente las ideas, los comportamientos, las relaciones de poder dentro de ésta, anticipando la plenitud de una sociedad liberada. Se trata de dar una respuesta a la profunda crisis cultural de nuestra época y ganar todas las dimensiones del proceso revolucionario. Yo diría que no es cuestión solamente de superar la escisión del movimiento obrero entre la Segunda y Tercera internacional, según usual expresión, sino de recuperar valores que ya en la Primera internacional se perdieron con la división entre anarquistas y marxistas, entre internacionalistas y autoritarios según terminología de aquella época. Y además de recoger y organizar, creativamente, revolucionariamente, toda la amplia protesta que el malestar generado por la civilización de nuestro tiempo, bajo la hegemonía del capitalismo, produce.

En efecto, el proyecto revolucionario de liberación total del hombre, de ruptura del ámbito entero de las relaciones de dominación desborda el marco superador de la explotación entre clases en el proceso productivo, que ha constituido el centro principal del análisis y la práctica del marxismo clásico. Engels en sus últimos años se percató ya de que las relaciones entre sexos definían el ámbito de explotación y opresión más antiguo de la humanidad. La lu-



Una manifestación de miembros del Partido Comunista italiano por las calles de Roma.



cha feminista contra el patriarcado ha sacado a luz, con enorme potencial revolucionario, algunos de los aspectos más profundos y ocultos de nuestra frustración histórica. La sutil grabación de modelos, de pautas, de arquetipos tan útiles para mantener el funcionamiento económico y el poder en nuestra sociedad como para inmolarse las posibilidades vitales de la mujer y el hombre desconocedores de la plenitud de sus posibilidades, unas veces en situación de angustia, otras de beata identificación con la manipulación a que son sometidos. La familia a través de su larga historia ha representado una institución singularmente idónea para cumplir una función económica y reproducir reforzadamente las relaciones de dominación que impregnan la sociedad de clases. Es imposible una sociedad liberada sin replantear y transformar esta situación, estas «microrrelaciones» de dominación. Por otra parte el movimiento feminista ha planteado con especial agudeza el tema del autoritarismo —algo para lo cual el anarquismo ha sido más sensible que el marxismo— entendido no simplemente como reflejo y refuerzo del interés económico, sino como gratificación y entidad psicológica generadora de una dinámica propia. Y ha buscado muchas veces en sus formas de organización la superación de estas relaciones.

Este mismo tema del autoritarismo nos introduce en otro sector decisivo de la lucha social: la renovación y transformación de la educación. Podríamos, al respecto, recordar el «Manifiesto sobre la educación» de Mendel y Vogt. La importancia de una educación por y para la libertad, incardinada en el proyecto de revolución social, en perenne conflicto con la clásica manipulación del hecho educativo como procedimiento de domesticación e integración de las mentes, como mutilación de las posibilidades críticas y creadoras del hombre.

---

### La búsqueda de una nueva cultura como respuesta a la crisis

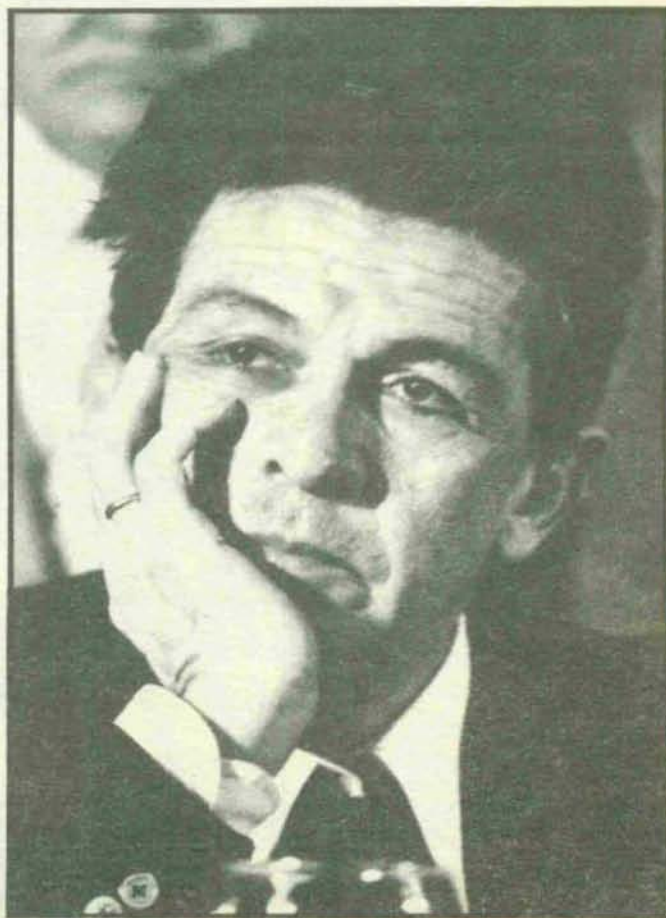
---

La crisis de nuestro tiempo requiere como respuesta una nueva ética y un nuevo proyecto humano frente a la domesticación capitalista que ha tratado de reducir nuestra sociedad a rebaño de seres —sean ejecutivos u operarios— productores de mercancías y consumidores —ciertamente a muy distintos niveles— de un ocio mostrenco. Y hoy día, bajo el influjo de la crisis económica, cultiva las formas disgregadoras de marginación, la apatía, sin más horizontes estimulantes que las sacudidas de la droga y la violencia, propiciando una situación que le permite reforzar los aparatos represivos y fomentar la inseguridad del hombre medio, pro-

clive a la entrega a la enérgica voz de mando fascista que haga retornar las seguridades perdidas.

En duro contraste con tan mezquina realidad nos encontramos en un tiempo en que la ciencia y la técnica —la sanidad, la urbanística, la educación, la proliferación de canales que permiten la difusión de los logros científicos y estéticos— poseen una capacidad extraordinaria para enriquecer la vida humana. Tales potencias yacen hoy día, en medida muy considerable, en el estancamiento o la perversión al ser satelizadas por la lógica del beneficio y la dominación militar.

Realmente podemos decir que todo nuestro mundo desarrollado está cruzado por un violento contraste entre la posibilidad y la encogida realidad de la vida humana. La proyección de esta insatisfacción —a veces más global, otras más inmediata— anima todos los movimientos de protesta, cuyos avatares surcan la historia de los últimos veinte años. Así las acciones de estudiantes, científicos, hombres de la cultura, los movimientos feministas y ecologistas, la agrupación de los ciudadanos para defenderse en la desolación de nuestras ciudades, últimamente el estallido de la inquietud pacifista. El alcance revolucionario de este amplio dinamismo depende de su capacidad para comprender la contradicción última en



Enrico Berlinguer, Secretario General del Partido Comunista italiano.



que sus aspiraciones se encuentran con la civilización capitalista y la necesidad de aunar sus reivindicaciones y mensajes más propios, sus peculiares e irrenunciables descubrimientos en un proyecto global alternativo. Justamente esta situación emplaza a los partidos eurocomunistas ante una tarea insoslayable: la de aportar su crítica del capitalismo y su propuesta de transformación socialista que den toda su radicalidad a la protesta colectiva, esforzándose por la organización de este frente de rebeldía. Se trata de un proceso en que los partidos no sólo deben aportar, según se ha dicho, sino aprender, incorporar los mensajes de insatisfacción social, enriqueciendo y criticando desde ellos su propio patrimonio cultural, y, desde luego, evitando toda tentación de manipular o instrumentar los movimientos sociales con fines partidarios. La generosidad, la comprensión mutua, la capacidad de aprendizaje en el diálogo entre las diferentes fuerzas son elementos fundamentales para la organización de un frente de protesta y avance en que los partidos comunistas habrán de colaborar también con aquellos partidos que adopten posiciones progresistas.

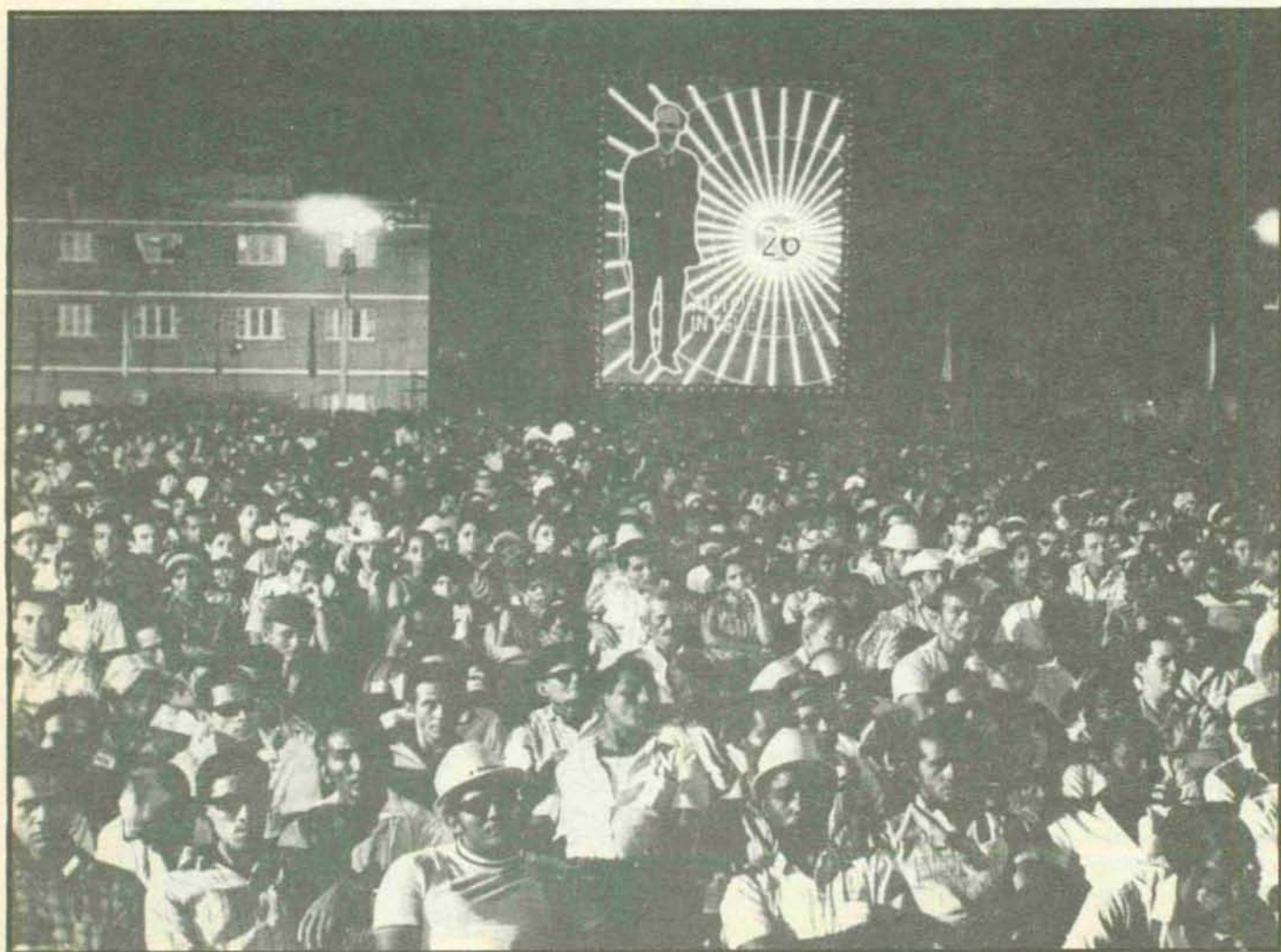
Todo ello supone, evidentemente, una profunda renovación en la idea misma del Partido Comunista. Renunciando, por una parte, al viejo dogmatismo del partido concebido como el maestro supremo en posesión de la verdad absoluta ante la sociedad y sustituyéndola por la capacidad de aprendizaje y crítica constante, que definen la auténtica vida intelectual; de otro lado, reestructurando los mecanismos de funcionamiento interno del Partido en tal modo que éste deje de ser la masa de fieles dirigida por la cúpula, para convertirse en el «intelectual orgánico», aglutinador de las múltiples experiencias de sus militantes, despojado de carismas autoritarios.

---

### La lucha con la bipolaridad mundial y las tendencias sociales regresivas

---

A nadie que lea estas líneas se le escapará lo arduo del empeño revolucionario tal como ha sido diseñado. Tanto por el enfrentamiento que supone con lo poderes que se reparten



Concentración en Cuba con ocasión del XX Aniversario del asalto al cuartel Moncada, fecha clave en la epopeya castrista.



—o tratan de repartirse— el gobierno del mundo como por la labor política y ética que exige dinamizar una sociedad propensa al conformismo y el miedo de la innovación y la libertad, en los sectores falsamente instalados, o a la desesperación social, en las zonas marginales.

En el primer sentido es evidente que las dos grandes superpotencias rivales gozan hoy día de recursos inmensos en el control sobre la totalidad del planeta, desde la fuerza militar y policial directa hasta la capacidad de interferir con sus redes el espontaneísmo social y político de las otras naciones, perturbándolo cuando sus intereses resultan afectados. A través del control de la información poseen la posibilidad de orientar las conciencias y penetrar la vida cotidiana. En el segundo aspecto, internamente, el estallido de esta insatisfacción implica una toma de conciencia, el marxismo pasó de la «clase en sí» a la «clase para sí» en amplias áreas de nuestra sociedad en contradicción objetiva, pero frecuentemente no percibida, con los intereses dominantes. Como he señalado ello obliga a una difícil labor ética y política vertebradora de un bloque de progreso, en el cual habrá que trascender las perspectivas

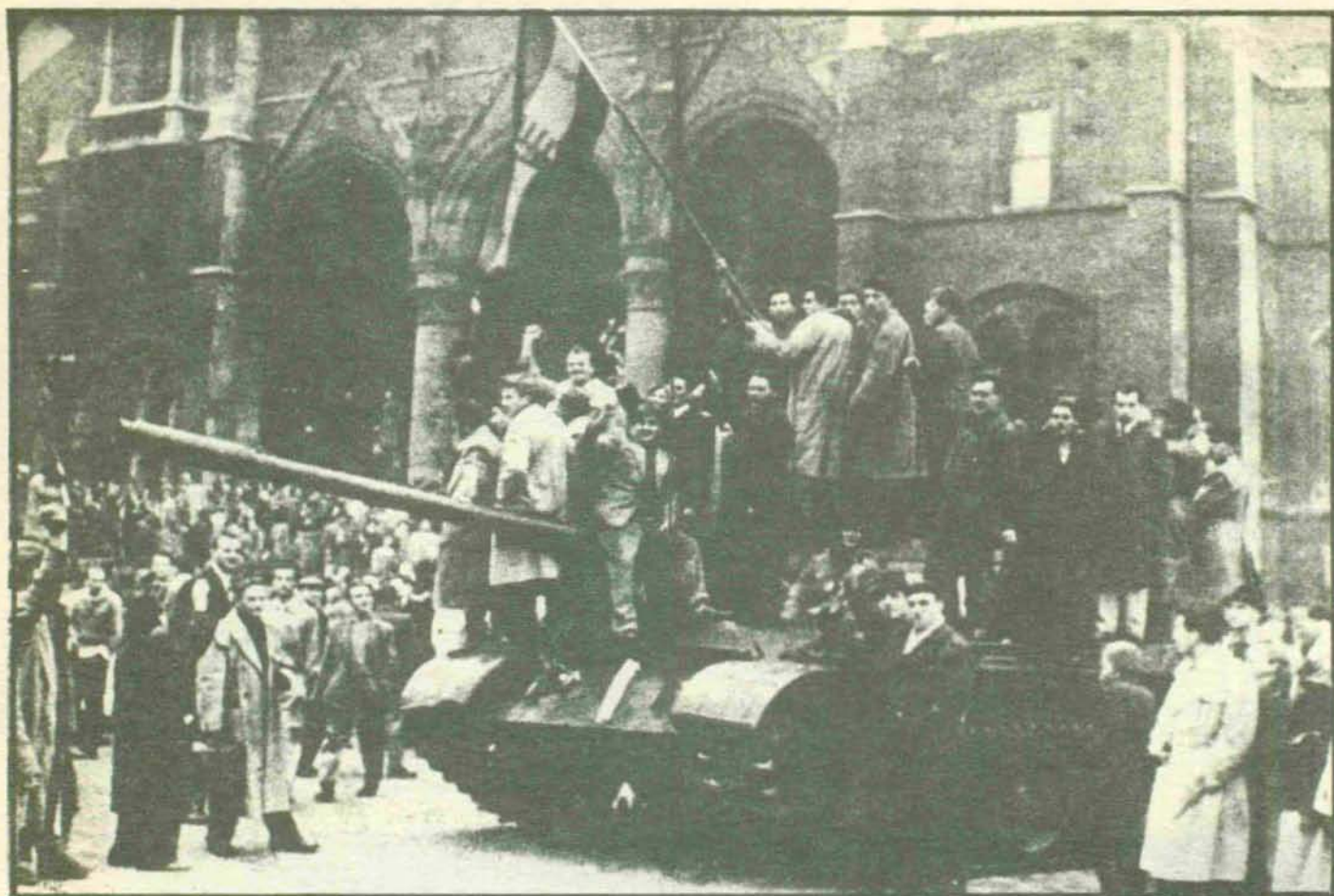


Dolores Ibarruri, «Pasionaria», Presidenta del Partido Comunista de España, y el Secretario General, Santiago Carrillo.



Alegría popular tras la legalización del Partido Comunista de España, era el 9 de abril de 1977.





Jóvenes patriotas en el Budapest de octubre de 1956.



Un grupo de soldados soviéticos conteniendo a los jóvenes checoslovacos. La escena se desarrollaba en las calles de Praga, en agosto de 1968.





Obreros polacos de la fábrica «Lenin» de Gdask (la antigua Dantzig), durante los acontecimientos de agosto de 1980.





Población civil asesinada por comandos ultra derechistas con la connivencia del Gobierno, durante los funerales del Arzobispo Oscar Arnulfo Romero, igualmente asesinado por ultraderechistas, en San Salvador (30 de marzo de 1980).

egoístas, los límites de interés colectivo o individual más inmediatos, para abrir el horizonte de universalidad revolucionaria.

Ninguna crisis del capitalismo producirá mecánicamente su derrumbamiento aunque descubra las perspectivas históricas de actuación. Es un desafío a nuestra capacidad de análisis concreto y a nuestra imaginación. La gran depresión engendró los fascismos como respuesta defensiva en zonas críticas y sólo, posteriormente, al desencadenar la guerra mundial permitió la difusión del hecho revolucionario hasta su actual bloqueo. La crisis de nuestro tiempo está produciendo un endurecimiento del poder que tiende a estrangular —o por lo menos a cercar— los ámbitos en que la búsqueda de lo nuevo emerge desde la insatisfacción y la creatividad de nuestra sociedad.

Resulta elocuente el caso de Polonia. En el fondo se da un profundo acuerdo tácito: los temores del Krenlim ante la recuperación de la iniciativa popular en un país «socialista» juegan en complicidad con el interés de Reagan, mostrado en la satisfacción visible bajo la máscara de la denuncia, por argüir que no es posible compatibilizar el socialismo con la libertad. Y es ésta también la tenaza que tratará de triturar, o mantener inoperante, el movimiento eurocomunista. Y que terminará desplegándose también sobre los socialismos francés y griego si éstos pretenden romper las reglas del juego, golpeando los intereses decisivos de la hegem-

nía capitalista, tal como antes se hizo ante el socialismo de Allende.

Pero el intento de mantener el poder anquilosado en viejas fórmulas represivas, sin más proyecto que reproducir las formas socioeconómicas del capitalismo y el socialismo autoritario, con sus congruentes modelos de vida, entra en contradicción con el potencial latente, con el vislumbre de otra vida y otras relaciones humanas que se va extendiendo en masas crecientemente más amplias del mundo y que la crispación de la política americana no hace sino agudizar en la sociedad capitalista. Al decapitar los intentos conciliadores que fomentaban la integración en la fase neocapitalista, en cuyas aguas pudo navegar la socialdemocracia, se abre una era de antagonismo en que las fuerzas revolucionarias, en el más amplio sentido, están llamadas a recuperar su protagonismo histórico.

---

### La renovación del proceso revolucionario en el tercer mundo: Centroamérica

---

Hemos considerado las perspectivas del mundo capitalista desarrollado y del llamado «socialismo real». El panorama no sólo resulta

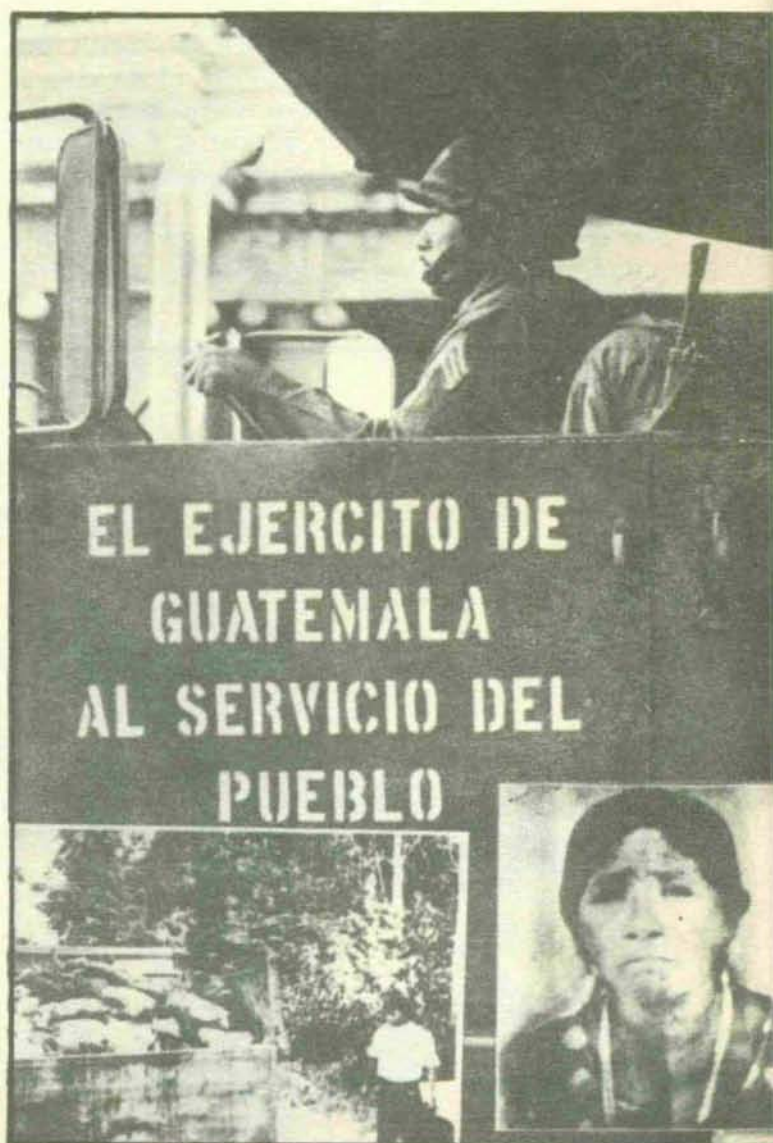


incompleto en un sentido de totalidad visual, sino funcionalmente, ya que gran parte de las claves del desarrollo capitalista se encuentran en la explotación del tercer mundo. Antes se ha aludido al potencial frustrado de nuestra ciencia y nuestra tecnología para desarrollar una vida humana superior, hoy paralizado y perturbado; si dirigimos la vista hacia este tercer mundo la situación se hace aún más crispadamente escandalosa al descubrir el espectáculo de las inmensas bolsas de hambre, de la existencia inhumana de millones de seres.

En algunas zonas de este sector del planeta —hoy en primer plano en Centro-América— la lucha de clases se perfila en términos de enfrentamiento armado, de guerra civil. Unas burguesías totalmente supeditadas a los intereses del capitalismo exterior —las «burguesías compradoras» en la terminología de Poulantzas— mantienen niveles de explotación verdaderamente inhumanos que permiten a las multinacionales la obtención de una plusvalía básica para sostener el nivel de vida y la integración social en el centro mundial del capitalismo. Reducida la democracia a mera ficción verbal —o negada desde supuestas fórmulas superadoras fascizantes— el poder sólo puede permanecer a través de la más sangrienta coacción, produciéndose como respuesta la lucha popular en la forma de revolución armada. Ahora bien, esta revolución armada, el proceso que había sido clásico en las revoluciones marxistas desde la de octubre del diecisiete hasta la de Fidel, está adquiriendo perfiles nuevos que resulta decisivo resaltar. Se trata del sentido pluralista de las fuerzas que se alzan frente a la opresión, brotando de las capas más populares con su diversidad étnica, con sus creencias e ideologías, convivientes no sólo en la lucha, sino, como es el caso de Nicaragua, en el esfuerzo por construir un estado revolucionario plenamente democrático, liberado del dogmatismo y del autoritarismo.

Sin duda, el acoso del imperialismo en la era Reagan, tratando de derribar el régimen de Nicaragua, de destruir la guerrilla en El Salvador y Guatemala, al modo de ocasiones anteriores podría reforzar el endurecimiento en una numantización defensiva. Más parece que en todo caso la historia empieza a adquirir una inédita andadura. A saltar la visión revolucionaria hacia un nuevo modelo congruente en todas las grandes áreas del mundo desde el agotamiento del capitalismo y el socialismo autoritario. Y es la misma inflexibilidad de las fórmulas agotadas la que impulsa la lucidez creciente sobre la fisonomía que habrá de revestir la revolución liberadora. Esta toma de conciencia, explosiva a medida que se vaya extendiendo sobre las masas, significa la apertura de una nueva dinámica política, una lucha cuyo desarrollo, indudablemente, no está escrito.

Añadiría que no está, «afortunadamente», escrito. Al principio de este artículo se indicaba que la historia del comunismo ha estado gobernada por el signo de lo imprevisto. Ciertamente pocas cosas han sido tan esterilizadas, tan paralizadas, como el intento de convertir las grandes categorías del análisis marxista en factores mecánicos de un proceso necesario, de una historia sin azar, libertad e iniciativa, en lugar de comprenderlas como los instrumentos analíticos, racionalizadores, de una acción creadora que brota de la voluntad del hombre por encontrarse a sí mismo. El ejercicio de anticipación, la profecía revolucionaria, como ya vio Gramsci, no representa sino la mirada hacia adelante incorporada a la acción, un componente de la actividad transformadora. Movida ésta por una convicción y una esperanza básicas: la de que la historia, a través de innumerables meandros, sigue el cauce seguro del encuentro de la humanidad con su propia racionalidad y libertad. ■C.P.



Tres imágenes de la Guatemala de hoy...